

# EL CUENTISTA

Saki



Cuando lees, la pasás mejor



LA FOTOCOPIA  
MATA AL LIBRO  
Y ES UN DELITO



“El cuentista”, de Saki, e ilustraciones de Ignacio Noé, en *Textología en uso*, de Cántaro Editores.

© PUERTO DE PALOS S.A. Casa de ediciones.

[www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Colección “Cuando lees, la pasás mejor”

Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2004

# El Cuentista

Saki

**E**ra una tarde calurosa y el interior del vagón estaba consecuentemente sofocante; faltaba casi una hora para llegar a Templecombe, la siguiente estación.

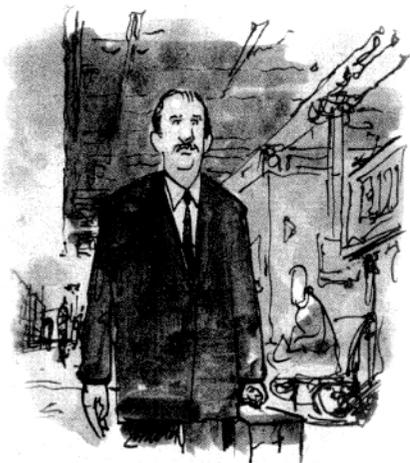
Los ocupantes del compartimento eran una niña pequeña y una niña aún más pequeña y un niño pequeño. Una tía que pertenecía a los niños ocupaba uno de los asientos de la punta; el asiento de la otra punta estaba ocupado por un hombre soltero que no formaba parte del grupo, pero las niñas pequeñas y el niño pequeño ocupaban decididamente todo el compartimento. Tanto la tía como los pequeños practicaban un tipo de conversación persistente y de corto alcance que hacía pensar en los esmeros de una mosca que no se desalienta por más que la rechacen. La mayor parte de las observaciones de la tía parecía comenzar con: “No” y casi todos los comentarios de los niños empezaban con “¿Por qué?”. El hombre soltero no emitía palabra.

—No, Cyril, no —exclamó la tía cuando el niño pequeño empezó a azotar los almohadones del asiento, levantando con cada golpe una nube de polvo.

—Vení a mirar por la ventanilla —agregó.

El niño se acercó a la ventanilla de mala gana. “¿Por qué están sacando a esas ovejas de ese campo?”, preguntó.

—Supongo que se las están llevando a otro campo donde hay más





pasto —dijo la tía sin mucha convicción.

—Pero hay un montón de pasto en ese campo —protestó el niño—; ahí no hay nada más que pasto. Tía, hay un montón de pasto en ese campo.

—A lo mejor, el pasto del otro campo es mejor —sugirió la tía neciamente.

—¿Por qué es mejor?—. La pregunta llegó rápida e inevitable.

—¡Huy! ¡Miren esas vacas! —exclamó la tía. En casi todos los campos a lo largo del trayecto habían visto vacas o toros, pero la mujer habló como si estuviera llamando la atención sobre algo fuera de lo común.

—¿Por qué el pasto del otro campo es mejor? —insistió Cyril.

El soltero iba frunciendo el entrecejo. Era un hombre rígido y antipático, decidió la tía en su interior. Ella, por su parte, fue totalmente incapaz de llegar a ninguna decisión satisfactoria sobre el pasto del otro campo.

La niña más pequeña encontró un entretenimiento que consistía en recitar “En el camino a Mandalay”. Sólo sabía el primer verso, pero trató de sacar el mayor provecho posible de su limitado conocimiento. Repetía el verso una y otra vez, con una voz soñolienta pero perfectamente decidida y audible; al soltero le pareció como si alguien le hubiera apostado a la niña que no podría repetir la frase en voz alta dos mil veces sin parar. Quienquiera que hubiera hecho el desafío parecía a punto de perderlo.

—Vengan para acá que les cuento un cuento —dijo la tía, cuando el soltero ya la había mirado a ella dos veces y una al timbre de emergencia.

Los niños se dirigieron apáticos hacia el rincón del compartimento don-

de estaba la tía. Evidentemente, su reputación de narradora de cuentos no ocupaba un lugar muy alto en el ranking de los niños.

En un tono de voz bajo y confidencial, interrumpida a cada rato por las preguntas malhumoradas que sus oyentes le hacían en alta voz, empezó la historia poco original y deplorablemente carente de interés de una niña pequeña que era buena y que, como era buena, era amiga de todos y que fue finalmente salvada del ataque de un toro furioso por unos salvadores que admiraban la bondad de su carácter.

—¿No la hubieran salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas pequeñas. Era exactamente la pregunta que el soltero había querido hacer.

—Bueno, sí —tuvo que admitir la tía—, pero no creo que hubieran corrido tan rápido para ayudarla si ella no les hubiera agradado tanto.

—Es la historia más estúpida que escuché en mi vida —dijo enteramente convencida la mayor de las niñas pequeñas.

—Era tan estúpida que yo no escuché más que la primera parte —dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo en ese momento ningún comentario sobre la historia, pero hacía rato que había recommenzado la repetición en voz baja de su verso favorito.

—Usted no parece tener mucho éxito como narradora de cuentos —dijo de repente el hombre soltero desde su rincón.

La tía se puso inmediatamente a la defensiva ante este ataque inesperado.

—Es algo muy difícil contar cuentos que los niños puedan entender y valorar a la vez —dijo muy ceremoniosa.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo el soltero.

—Tal vez quiera contarles un cuento usted —fue la réplica de la tía.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas pequeñas.

—Había una vez —comenzó el soltero— una niña pequeña llamada Bertha que era extraordinariamente buena.

El interés que se había suscitado momentáneamente en los niños empezó enseguida a decaer: todos los cuentos eran espantosamente parecidos, los contara quien los contara.

—Hacía todo lo que le ordenaban, decía siempre la verdad, no se ensuciaba la ropa, comía simples budines como si fueran tortas con dulce de leche, aprendía perfectamente sus lecciones y era educada en sus modales.

—¿Era linda? —preguntó la mayor de las niñas pequeñas.

—No tan linda como ninguna de ustedes dos —dijo el soltero— pero era horriblemente buena.

Hubo una reacción favorable hacia el cuento, la palabra “horrible” asociada a la bondad era toda una novedad. Parecía introducir un viso de verdad que estaba ausente en los cuentos infantiles de la tía.

—Era tan buena —continuó el soltero— que ganó varias medallas por bondad y las llevaba siempre prendidas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra medalla por puntualidad y una tercera por buena conducta. Eran grandes medallas de metal y tintineaban una contra otra cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad donde vivía tenía tantas medallas, por lo tanto todos sabían que debía ser una niña superbuenita.

—Horriblemente buena —recordó Cyril.

—Todos hablaban de su bondad y el Príncipe de la comarca escuchó sobre ella y dijo que como era tan buena se le permitiría una vez a la semana pasear por su parque, que estaba justo en las afueras de la ciudad. Era un hermoso parque y no se permitía a ningún niño entrar en él, de modo que era un gran honor para Bertha que se le permitiera ir allí.

—¿Había ovejas en el parque? —requirió Cyril.

—No —dijo el soltero—, no había ovejas.

—¿Por qué no había ovejas? —fue la inevitable pregunta que surgió de tal respuesta.

La tía se permitió esbozar una sonrisa, que casi podría describirse como una mueca.

—No había ovejas en el parque —dijo el hombre soltero— porque la madre del Príncipe había soñado una vez que su hijo iba a morir o a ser asesinado por una oveja o porque se le cayera encima un reloj de pie. Por eso, el Príncipe nunca tuvo ovejas en su parque ni relojes en su palacio.

La tía reprimió un gesto de admiración.

—¿Al Príncipe lo mató una oveja o se le cayó encima un reloj?— preguntó Cyril.

—Todavía vive, así que no podemos saber si el sueño se cumplió —dijo el hombre soltero despreocupadamente—; de todas maneras, no había ovejas en el parque, pero había muchísimos cerditos que corrían por todos lados.

—¿De qué color eran?

—Negros con las caras blancas, blancos con lunares negros, todos negros, grises con manchas blancas y algunos, todos blancos.

El narrador de cuentos hizo una pausa para permitir que penetrara en la imaginación de los niños una idea cabal de los tesoros del parque; después continuó:

—Bertha se apenó bastante cuando descubrió que no había flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no cortaría ninguna de las flores del Príncipe y estaba decidida a cumplir su promesa, por lo tanto la hizo sentir muy tonta, como es lógico, descubrir que no había flores para cortar.

—¿Por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido —dijo el soltero rápidamente—. Los jardineros le habían dicho al Príncipe que no se podía tener a la vez cerdos y flores, entonces él decidió tener cerdos y no flores.

Hubo un murmullo de aprobación provocado por la excelente decisión del Príncipe: tanta gente hubiera decidido de modo contrario.

—Había muchas otras cosas encantadoras en el parque. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos papagayos que decían frases inteligentes en todo momento, y colibríes que vibraban con todas las melodías populares de entonces. Bertha iba de un lado para otro y se divertía inmensamente y pensó para sí: “Si yo no fuera tan extraordinariamente buena no me hubieran permitido venir a este hermoso parque y disfrutar todas las cosas admirables que hay aquí,” y sus tres medallas tintineaban una contra otra mientras caminaba y la ayudaban a recordar cuán superbuena era realmente. Justo en ese momento, un lobo enorme entró merodeando en el parque, para ver si podía atrapar a un cerdo gordito para su cena.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños, con un súbito resurgimiento de interés.

—Del color del barro, con la lengua negra y pálidos ojos grises que centelleaban con indecible ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Bertha: su delantal blanco estaba tan inmaculadamente limpio que se lo podía ver desde muy lejos. Bertha vio al lobo y vio que avanzaba sigilosamente hacia ella y empezó a desear que nunca le hubieran permitido entrar a ese parque. Corrió tan rápido como pudo y el lobo fue tras ella a pasos agigantados. Bertha se las arregló para llegar hasta un matorral de arbustos de arrayanes y se escondió detrás de uno de los más tupidos. El lobo comenzó a husmear entre las ramas, con la negra lengua colgando fuera de su boca y los pálidos ojos grises lanzando feroces miradas

de rabia. Bertha estaba terriblemente asustada y pensó para sí: “Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena, en este momento estaría a salvo en la ciudad.” Sin embargo, el perfume de los arrayanes era tan fuerte que el lobo no podía olfatear el rastro de Bertha y los arbustos eran tan tupidos que hubiera podido buscar en ellos por largo rato sin divisarla, por lo tanto pensó que lo mejor era marcharse de allí y capturar a un pequeño cerdo. Bertha temblaba sobremanera por tener al lobo merodeando y husmeando tan cerca y al temblar, la medalla de obediencia tintineó contra las medallas de puntualidad y buena conducta. El lobo justo se estaba alejando cuando oyó el sonido que hacían las medallas y se paró a escuchar; tintinearón otra vez en un arbusto bastante cerca de él. Se lanzó de un salto dentro del matorral, los pálidos ojos grises brillando feroces y triunfantes, y arrastró a Bertha hacia afuera y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, trocitos de ropa y las tres medallas por bondad.

—¿Murió alguno de los cerditos?

—No, todos se escaparon.

—El cuento empezó mal —dijo la más pequeña de las niñas pequeñas— pero tuvo un hermoso final.

—Es el cuento más hermoso que escuché en mi vida —dijo la mayor de las niñas pequeñas completamente convencida.

—Es el único cuento hermoso que escuché en mi vida —dijo Cyril.

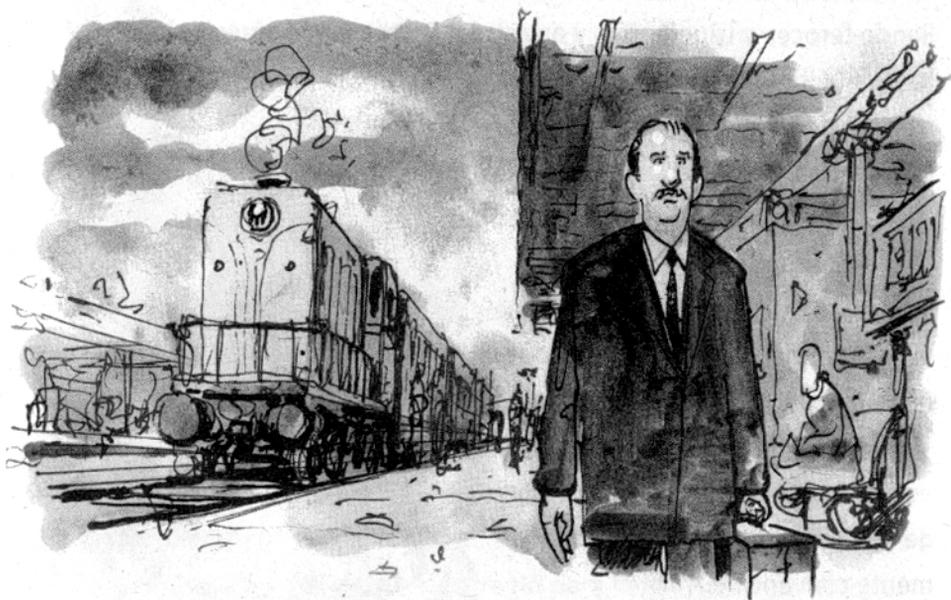
Hubo una opinión disidente por parte de la tía.



—¡Un cuento absolutamente inadecuado para mentes tan jóvenes! Usted ha socavado los resultados de años de una esmerada educación.

—Sea como fuere —dijo el hombre soltero juntando sus pertenencias para abandonar el vagón—, los mantuve tranquilos durante diez minutos, que es más de lo que usted fue capaz de hacer.

“¡Pobre mujer!”, pensó para sí cuando bajó en el andén de la estación de Templecombe; “durante los próximos seis meses, por lo menos, esos niños van a acosarla en público pidiéndole que les cuente un cuento inadecuado!”



---

## Saki

---

Conocido por sus relatos breves escritos con el seudónimo de Saki, el británico **Héctor Hugh Munro** (1870-1916), fue un escritor satírico y humorístico, corresponsal en el extranjero para el *Westminster Gazette*, donde publicó una serie de artículos satíricos sobre política. El seudónimo Saki lo tomó de los poemas de Omar Khayam. Entre sus obras se cuentan una colección de cuentos *Reginald* (1904), y dos novelas *Bassington, el insostenible* (1912) y *Cuando llegó William* (1913).

---

Para seguir leyendo

LOS SABUESOS DEL DESTINO

en *Cuentos Clasificados T*

Colección del Mirador

Buenos Aires, Cántaro Editores, 1999

LA VENTANA ABIERTA

en *Cuentos Clasificados 1*

Colección del Mirador

Buenos Aires, Cántaro Editores, 1998



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*  
**EDUCACIÓN**  
CIENCIA y TECNOLOGÍA

*Secretaría de*  
**TURISMO**



CAMARA ARGENTINA DEL LIBRO



**Cuando lees, la pasás mejor**